

El capitán muéstrase en la escena siguiente, á solas con Rosalinda y Risela, tan brusco y sin hipocresías como su prima le pintó. Ella indicale los peligros de semejante carácter, y él muéstrase dispuesto á variar, para lo cual pídelo que le eduque. Rosalinda acepta el encargo, y, como al filósofo, invita al capitán á que pase con ella las veladas jugando al ajedrez.

Váse Rodrigo y Risela búrlase donosamente de la excesiva sensibilidad de su señora. Rosalinda no se arrepiente á pesar de las burlas y, por el contrario, muéstrase poco después tan afectuosa con el negro Medoro, á quien todos escarnecen en la casa, que Risela pregunta si el negro jugará también por las noches al ajedrez.

Viene luego la marquesa Celia y pide protección á Rosalinda, diciéndola que huya de su amante, el marqués Octavio, un italiano celosísimo que se obstina en perseguirla.

Rosalinda ofrece proteger á su amiga, y comienza á hacerlo muy pronto: el marqués Octavio que ha seguido á su adorada llega á la quinta y termina el acto primero desmayándose la fugitiva Celia al ver á su perseguidor.

El acto segundo comienza con una escena en que la *soubrette* dice á Celia los esfuerzos que la marquesa ha hecho por calmar á Octavio. Luego el público ve, en una escena entre la marquesa y el celoso, que esos esfuerzos se reducen á relatar las intrigas que de Celia se cuentan en la corte.

Llegan á poco Lauro y el capitán, y comienza la partida de ajedrez, que juegan primero Lauro y Rosalinda y después el capitán y Octavio.

El final de la partida es una disputa entre el filósofo y el militar, y mientras ellos se batan en el jardín, no sin que antes el irascible Rodrigo haya censurado muy acremente la coquetería de su pri-

mita, Octavio y Celia hacen las paces ante Rosalinda, quien declara que, no obstante lo ocurrido, jamás preferirá á nadie porque su amor es *Amor de Amar*.

En todas las escenas resplandece el fino ingenio de Benavente, y con uno sólo de los personajes, la doncella Risela, tendría bastante cualquier otro autor para acreditar su aticismo.

Los chistes que Benavente pone en boca de la muchacha son casi siempre demasiado fuertes, pero están dichos con arte y sobre todo con lenguaje apropiado que pinta muy bien el carácter de la época tan dada á la galantería.

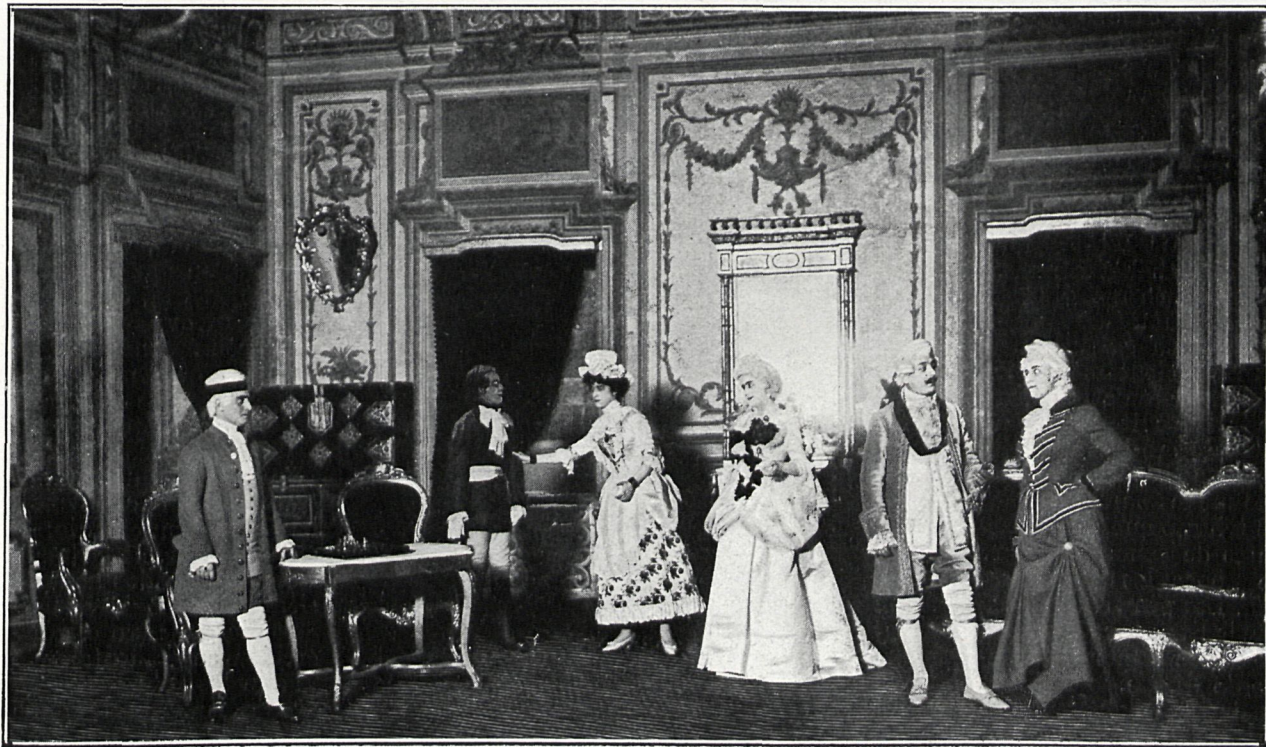
La interpretación de *Amor de amar* fué por parte de todos, excelente. Una prueba más de que el señor Escudero ha sabido, eligiendo elementos muy valiosos, formar una de las compañías mejores y más completas que funcionan en los teatros de Madrid.

La señora Pino y las señoritas Catalá y Bremón interpretaron respectivamente los caracteres de Rosalinda, Celia y Risela, ganando las tres en buena lid muchos aplausos.

La señorita Bremón merece mención especial: esmaltado su papel de frases ingeniosas, pero demasiado atrevidas con el arte necesario para que el público no protestara de ellas.

Los señores Morano, Tallavi y López Alonso, fueron también aplaudidos con justicia.

Los dos primeros mostráronse como siempre, excelentes actores, interpretando con acierto sumo los papeles de Marqués Octavio y de Capitán Rodrigo respectivamente, y el Sr. López Alonso distinguióse mucho por la propiedad con que vistió y caracterizó el filósofo Lauro.



LAURO  
(Sr. López Alonso)

MEDORO  
(Sr. Castro)

RISELA  
(Srta. Bremón)

ROSALINDA  
(Sra. Pino)

OCTAVIO  
(Sr. Morano)

CELIA  
(Srta. Catalá)

ACTO SEGUNDO—ESCENA FINAL

FOT. FRANZEN



CURA  
(Sr. Romea)

LUISA  
(Srta. Suárez)

LA MADRE  
(Srta. Alba)

LULÚ  
(Srta. Domus)

NANÁ  
(Sra. Parejo)

ESCENA SEGUNDA

## CAZA DE ALMAS

COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL DE DON ANTONIO VIERGOL, ESTRENADA EN EL TEATRO LARA

Un cultísimo é ingenioso redactor de *El Liberal*, Antonio Viergol, ha proporcionado á la empresa de Lara el éxito más francamente bueno de la actual temporada. Allí donde luchan los autores de mayor y más justo renombre, triunfó un novicio en lides teatrales haciendo sus primeras armas.

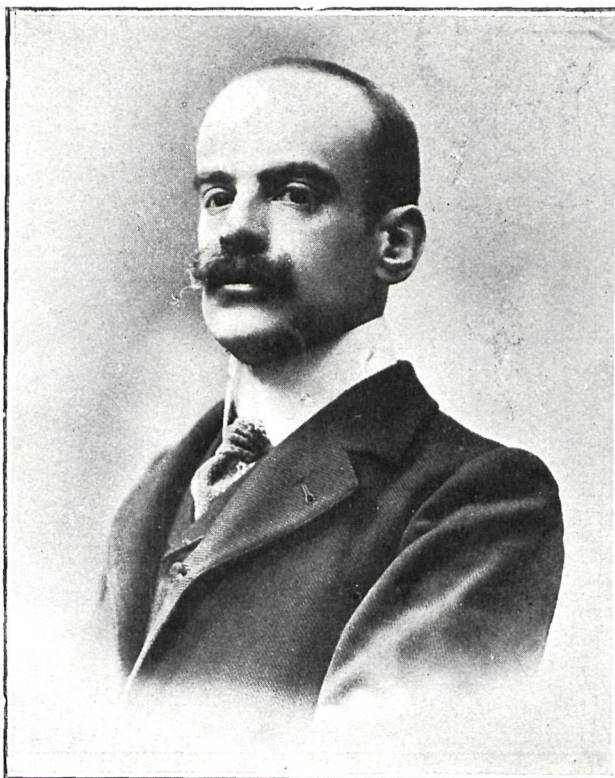
Antonio Viergol, en efecto, no había estrenado antes de ahora ninguna obra dramática, y si su ingenio y su cultura estaban suficientemente demostrados en otro género de trabajos literarios, eran éstos de muy distinta índole y no bastaban ni mucho menos para vaticinar un triunfo que, en verdad, antes de conocer la obra eran pocos los que esperaban. Los partidarios de que la literatura dramática es un género enteramente distinto de todos los demás y que necesita un aprendizaje aparte, no concebían que la primera obra dramática de un periodista pudiera conquis-

tarle gloria y dinero en abundancia. El triunfo de Viergol, que por esto solo sería ya muy valioso, se

avalora aún más por las dificultades inherentes al asunto elegido. *Caza de almas* no es una comedia al uso, amasijo de equivocaciones que giran en torno de los inevitables amores; es una comedia en la que no hay nada de lo que vulgarmente ofrecen los autores cómicos, y hay, en cambio, un asunto muy bien pensado, completamente nuevo y desarrollado con mucho arte.

Otro de los peligros, y el más grave de todos, que ante el Sr. Viergol aparecían, era el medio en que los personajes de *Caza de almas* habían de moverse: hacía falta mucha discreción para presentarle sin riesgo al público honesto siempre de Lara, y el señor Viergol tuvo esa discreción en grado tal, que ni aun los más castos oídos pudieron sentir asomo siquiera de ofensa por nada de lo que en escena se hacía ni se decía.

El triunfo del distin-



ANTONIO VIERGOL, AUTOR DE «CAZA DE ALMAS»

guido redactor de *El Liberal* ha sido, pues, además de muy justo y muy merecido, muy meritorio. Esto debe animarle á continuar por el camino emprendido en el que de fijo ha de conquistar gloria y dinero en abundancia.

El argumento de *Caza de almas* tiene por base la eterna historia de la muchacha que viene á la corte inocente y pura con propósito de dedicarse al servicio doméstico y no puede ó no sabe resistir á las sugerencias del vicio. Lulú, que al comenzar la comedia es ya una cortesana muy conocida, vino así á la corte, y para su familia continúa siendo lo que fué, una candorosa lugareña que vive en Madrid sin pensar en otra cosa que en el servicio de sus señores.

Pero el desengaño se aproxima cuando se alza el telón y en la primera escena nos enteramos por un

de los señores, y los aldeanos deshácense en cumplimientos y salutations.

La presencia de un amigo de Naná, que viene á buscarla, está á punto de echar por tierra la combinación tan diestramente fraguada por Lulú; pero felizmente el peligro pasa pronto, aunque no por completo; de él quedan ciertos resquemores en la mente del cura, quien, además, cree reconocer en Naná á una mujer que en su parroquia trató de impedir violentamente el matrimonio de un ex-amante suyo.

Naná también reconoce al cura, y la presencia de él tráela á la memoria amargos recuerdos que hácenla llorar y suplicar al sacerdote que rece por ella.

Nada le dice, sin embargo, de la vida que su hermana y ella hacen, y el cura decidese á buscar por otro camino la confirmación ó la negación de las sospechas que ha concebido.

Su madre, entretanto, decide salir á hacer sus en-



CARLOS LULÚ  
(Sr. Barraicoa) (Srta. Domus)

EL CURA  
(Sr. Romea)

NANÁ  
(Sra. Parcjo)

LUISA  
(Srta. Suárez)

LA MADRE  
(Srta. Alba)

ESCENA CUARTA

FOT. FRANZEN

diálogo entre Lulú y Naná, una compañera de aventuras, de que la familia de la exlugareña, su madre, un hermano cura y una hermanita que quiere entrar en un convento, vienen á Madrid para resolver algunos asuntos y ver á la muchacha.

El peligro es inminente y Lulú se aterra ante él; pero el terror dura poco, la cortesana encuentra pronto un recurso salvador y le pone en práctica: vístese de criada y aguarda á sus parientes decidida á continuar engañándoles presentándose como doncella de la casa en que vive y asegurando que los señores están fuera, siendo entre tanto ella dueña absoluta de aquellos lugares.

Naná juzga feliz aunque peligrosa la invención, y en el momento en que ambas amigas conversan llegan los temidos huéspedes. Lulú, después de los naturales saludos, presenta á Naná como una amiga

cargos y Lulú dispónese á acompañarla; pero al ir á salir, la costumbre hácela ponerse en lugar de la mantilla, que cuadraría bien al oficio que finge, un elegantísimo sombrero, que saca, al efecto, de un armario de luna.

Aquel descuido sorprende á todos y aviva los temores del cura; pero Lulú explica lo sucedido diciendo que aquel sombrero es de su señora y que si ella le sacó, fué solo para que le viera su hermana.

La monjita, entonces, siente deseos de engalanarse y aunque la madre y el cura, éste sobre todo, protestan de aquel propósito, Lulú la ayuda á convencerles y cuando, á poco, salen la madre, el cura y la cortesana la muchacha queda allí ataviada con un vestido de Lulú, contemplándose en el espejo y haciendo á propósito de su belleza observaciones y

comentarios poco conformes con la humildad, modestia y pobreza de la vida monacal á que aspira.

Una visita de todo punto inopinada viene entonces á interrumpir los soliloquios de Luisita; llaman, y cuando ella sale á abrir, entran dos individuos: el General y Luis, amigos de Lulú, que traen el propósito de pasar la tarde con ella en agradable franquicia.

La sorpresa de los tres personajes es muy grande. Luisa cree que los recién llegados serán amigos de los señores de su hermana, y se avergüenza y tiembla porque la ven vestida con un traje que ella cree de la señorita. Luis y el General extrañan la presen-

El cura, al llegar, hace salir á la muchacha, ordenándole que cambie de traje, y queda sólo con los dos hombres.

La escena que con ellos tiene, se explica fácilmente con solo saber que el cura, inquiriendo en la vecindad, ha adquirido convencimiento pleno de que sus temores no eran infundados; sabe ya á qué tremendos abismos ha llegado su infeliz hermana.

El cura arroja de la casa á los dos calaveras, y poco después vienen Lulú y su madre.

Entre el cura y su hermana hay entonces una escena bellísima, una de las más peligrosas de la obra para el autor, y tras de la confesión de la desgracia-



NANA  
(Sra. Parejo)

LULÚ  
(Srta. Domus)

ESCENA PRIMERA

FOT. FRANZEN

cia allí de una mujer á quien no conocen. Su extrañeza, sin embargo, les dura poco; piensan en seguida que aquella es una amiga á quien Lulú quiere lanzar á la vida galante, y háblanla como si así fuera, después de mostrarse muy conocedores de la casa en que están y de la dueña de ella.

El lenguaje que ambos calaveras emplean resulta á Luisa tan inexplicable, que no se la ocurre, oyéndoles, sino pensar que está en presencia de dos demonios que, disfrazados, tratan de perderla el alma.

Su terror es grande, y solo se calma cuando el cura llega á interrumpir la enojosa escena.

da, el sacerdote la perdona y decide que, junta con sus parientes, vuelva al pueblo.

Entonces preséntase, regresando de caza, el *viejo* de Lulú, un banquero, que con su presencia da ocasión á la escena final, en la que el sacerdote le increpa censurando en la de él la conducta de cuantos tienen por *sport* la caza de almas inocentes y puras.

Como se ve por el sucinto relato que acabamos de hacer, hacía falta para poner en escena ese asunto y, sobre todo, para ponerle en la escena de Lara, un-

talento de verdadero autor dramático; lo escabroso de algunas escenas que fácilmente hubiesen descendido á lo pornográfico y lo peligrosísimo de otras muy apropiadas para caer en el tremendo y anti-artístico pecado de ensilería, indicaban la necesidad de un autor muy experto en lides teatrales. Viergol ha sabido suplir con su talento lo que le faltaba de experiencia, y ha salvado todos esos escollos, sobre todo, por la acertada proporción y la discreta sobriedad con que ha logrado manejar los elementos de que disponía; es decir, por lo que es más esencialmente cualitativo del verdadero dramaturgo.

El público de Lara sintió en algunos momentos

buyeron mucho al buen éxito de la producción de que hablamos: la labor de todos ellos fué muy meritoria y plausible.

Las señoritas Suárez y Alba, comenzaron por caracterizar admirablemente dos tipos de lugareñas sin preocuparse poco ni mucho de conservar su natural belleza, y dándolo todo á la verdad artística: después hicieron sus papeles muy discretamente, y demostraron una vez más que gozan con justicia de muy alto renombre entre las actrices españolas.

La señorita Domus, cuyo papel no era ciertamente de los más fáciles que la gentil actriz ha representado, logró, no obstante, hacerle con naturalidad,



EL CURA  
(Sr. Romea)

NANA  
(Sra. Parejo)

ESCENA TERCERA

FOT. FRANZEN

de la comedia, y singularmente en sus últimas escenas, verdadera emoción artística, y con sus aplausos probó á los autores al uso que por mucho que de ello se hable, el rebajamiento en que el teatro español contemporáneo se encuentra, no es debido al público que ganoso siempre de obras buenas, fina y cuidadosamente escritas, las aplaude devotamente siempre que las encuentra y donde quiera que las halla.

que prueba la existencia de una cualidad artística muy apreciable: la adivinación; y la señora Parejo hizo el papel de Naná con mucho acierto, no obstante los peligros de él, que eran muchos, especialmente en la escena con el cura.

Igual que las actrices, merecen los actores muy sincero aplauso.

El papel de cura fué interpretado por el Sr. Romea con mucho acierto, á pesar de los peligros que para cualquier actor ofrecía. En muchas escenas, y singularmente en la penúltima, en que arranca á Lulú la confesión de sus culpas, supo dar al personaje toda la autoridad que necesitaba.

Inútil es decir, tratándose de actores tan favorablemente conocidos, que los del Teatro Lara contri-



EL GENERAL  
(Sr. Santiago)

LUISA  
(Srta. Suárez)

LUIS  
(Sr. Montenegro)



EL CURA  
(Sr. Romea)

EL GENERAL  
(Sr. Santiago)

LUIS  
(Sr. Montenegro)

LUISA  
(Srta. Suárez)

ESCENAS NOVENA Y DÉCIMA

FOTS. FRANZEN



SRTA. JOAQUINA PINO, EN «EL SOMBRERO DE PLUMAS»

FOT. CALVET





El Sr. Santiago mostró, como siempre, sus extraordinarias condiciones de actor cómico y la notable flexibilidad que le permite interpretar con igual acierto los tipos más distintos. Hizo del general calavera amigo de Lulú, una verdadera creación inspirada en la realidad.

El Sr. Montenegro acompañó discretamente al Sr. Santiago en las dos únicas escenas en que ambos toman parte, y los Sres. Barrycoa y Pérez Indarte cumplieron también acertadamente su cometido.

Hé aquí ahora varias escenas de *Caza de almas*, para que nuestros lectores puedan formar más exacta idea de la labor del señor Viergol:

ESCENA IX

LUISA, EL GENERAL Y LUIS

LUISA. (*Sale corriendo.*)—¡Dos señorones que deben ser de la familia de los amos y me encuentran en este traje! ¡Qué vergüenza!

GENERAL Y LUIS. A los pies de usted.

LUISA. (*Aparte.*)—Debo estar como un tomate.

LUIS.—No la conozco.

GEN.—Ni yo tampoco.

LUIS.—Debe ser nueva en la plaza.

GEN.—Algún valor nuevo que la Lulú va á poner en circulación.

LUIS.—¿Y á cómo se cotizará?

GEN.—Muy alto. Es una de las mejores láminas que he visto salir al mercado.

LUIS.—Aguardaremos á que baje.

GEN.—Y compraremos á fin de mes ó al contado.

LUIS.—Según la demanda.

LUISA.—¡Qué estarán diciendo! Dios me ha castigado por ponerme este traje.

GEN. Y LUIS. (*Acercándose á ella y mirándola con el monóculo.*)—Señorita...

LUISA. (*Aparte.*)—Deben ser muy económicos, porque se han comprado unas gafas para los dos.

GEN.—¿Está en casa su amiguita Lulú?

LUISA.—¿Lulú? Ustedes se han equivocado: la dueña de esta casa no es esa señora.

GEN. (*A Luis.*)—Señora, tú.

LUIS. (*Aparte.*)—¡Já, já!

LUISA.—Los dueños son un matrimonio que está pasando el invierno en Málaga.

GEN.—¡Zapateta!

LUIS.—¡Caracoles! (*Se ponen á revisar minuciosamente la habitación, cada uno por su lado.*)

GEN.—Estos son sus muebles.

LUIS.—Este es su mobiliario. (*Vuelven á colocarse á los lados de Luisa.*)

GEN.—Señora, estamos seguros, seguros de que esta es su casa.

LUIS.—La casa de la Lulú.

GEN.—En esa mesilla tiene las barajas. (*Abre un cajón y saca las barajas.*)

LUIS.—Y en esa *étagère* las botellas de Champagne. (*Abre el "étagère", y enseña las botellas.*)

GEN.—Y en esa habitación está el comedor modernista.

LUIS.—Y allí el tocador colgado de azul.

GEN.—¡Calla! ¡Pero si ese traje que lleva usted puesto es de ella!

LUIS.—Cierto; vese su sombrero preferido.

GEN.—Como que era el que llevaba anteanoche á la juerga.

LUIS.—¿A que está forrado ese cuerpo de seda blanca?

GEN.—¿Y esa falda de raso eminencia?

LUISA. (*Aparte.*)—¡Lo saben todo! Deben ser intimos del ama ó del amo. (*Dirigiéndose á ellos.*)—¡Ay, caballeros! Yo no soy lo que parezco.

GEN.—Lo que dicen todas.

LUIS.—La eterna canción.

LUISA.—Perdón, caballeros: yo soy la hermana de la criada, que me he puesto esta ropa para ver cómo me estaba. ¡Cosas de mujeres!



EL CURA (Sr. Romea)

LULÚ (Srta. Domus)

ESCENA XIV

FOT. FRANZEN

LUIS.—¡Tiene gracia!

GEN.—Pues, mira; te sienta muy bien.

LUIS.—Estás muy guapa.

GEN.—Hermosísima.

LUIS.—Y luego, como tienes ese cuerpo tan esbelto...

GEN.—Y esa cinturita...

LUIS.—Y ese pié ..

GEN.—¡Anda la *verdiga*! ¡Si lleva alpargatas!

LUISA.—Caballeros, ¡que chillo!